



SUEÑOS Y REALIDAD

Fue Salvatore Quassimodo (1901-1968) un poeta italiano profundamente implicado en los problemas sociales y políticos de la sociedad de su tiempo. Hijo de un ferroviario, antes de dedicarse a la literatura realizó los más diversos oficios. Y si como poeta tuvo críticas de todos los colores, no así como traductor de obras clásicas en las que alcanzó resultados de gran pureza y sencillez.

En una revista mantuvo durante un tiempo un consultorio literario. En una de las entregas publicaba y contestaba una carta ingenua y conmovedora. Se trataba de un joven electricista que escribía al poeta para pedirle que le animara a una gran aventura que proyectaba: dejar su trabajo de electricista para seguir la «carrera» de poeta. «Es verdad -dice el joven- que mis padres,

dos modestos obreros, me disuaden, pero pienso que lo hacen porque son viejos y no entienden a los jóvenes. Y, además, porque no han estudiado, y, para ellos, los poetas son unos desarrapados: Déme un consejo, profesor. Decida usted lo que será mi vida. Haga de mí un poeta o un obrero especializado.» Luego, la carta seguía con párrafos y párrafos que ponían por las nubes la función del poeta, celeste, soñadora, gloriosa. Tan distinta de esta vida suya de electricista, atado siempre a la tierra.

Quasimodo contestó dando la razón a los padres del muchacho y diciéndole que los poetas no son hombres que caminan sobre las estrellas, sino seres curvados diariamente sobre la tarea terrestre. Le explicó que, lo primero, hiciera bien su trabajo y que ser un buen electricista no le impediría en absoluto llegar a ser un gran poeta.

Y es que no se trata de atacar las justas ambiciones, sino los sueños evasivos. Hay gente que pasa la vida adormilada sustituyendo la realidad por sueños irrealizables. A Dios se le puede agradar en todos los trabajos, pero se le agrada dos veces si, a la vez que se cumple bien el trabajo que se tiene encomendado, se aspira a otro mejor en un mundo mejor. Pero si nos embobamos con los sueños ni hacemos bien el trabajo que tenemos encomendado ni luchamos por prepararnos para otro mejor.

Porque no amar la tarea que sea hace y poner la cabeza en quimeras es semejante al electricista que soñando ser poeta acaba no siendo ni poeta ni electricista.

Toda santidad para cada uno depende del cumplimiento de la voluntad de Dios. Pero aunque depende de eso, no consiste en eso, sino en la posesión de Dios por la caridad. Es seguir el plan y acción de Dios o sea cumplir su voluntad. Este cumplimiento es manifestación de la santidad.

DIOS ES VERDAD Y AMOR

Dios es la Verdad misma. Sus palabras no pueden engañar. Por ello el hombre puede entregar con toda confianza a la verdad y fidelidad de la palabra de Dios en todas las cosas. El comienzo del pecado y de la caída del hombre fue la mentira del tentador que indujo a dudar de la palabra de Dios, de su benevolencia y de su fidelidad.

Que Dios es Amor es el resumen de toda la revelación de Dios a su pueblo de Israel: ese amor compara al amor de un padre y una madre a su hijo. Dios ama a su pueblo más que un esposo a su amada; un amor que vencerá incluso las peores infidelidades, y llegará hasta el don más precioso: "Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único".

Al decirnos San Juan: "Dios es Amor" ha ido más lejos: el ser mismo de Dios es amor. Al enviarnos a su Hijo único y al Espíritu de Amor, Dios nos ha revelado su secreto más íntimo: El mismo es una eterna comunicación de Amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y nos ha destinado a participar en El.

DICHOS NO TAN SABIOS

Muchos dichos e incluso refranes ni son sabiduría popular ni representan el sentir del pueblo; no son sabiduría educativa. Por ejemplo: "Ese no es mi problema. Ya tengo bastante con lo mío". Si se le enseña a un niño a vivir así, se le está marginando de la pertenencia a la humanidad, se le está convirtiendo en un parásito. Se autoexcluye voluntariamente de la fraternidad entre los hombres. Se le vacuna de una manera definitiva contra toda solidaridad y se le mata de raíz la posibilidad de todo amor que merezca ese nombre.

Más bien la verdad es la contraria, la de otro dicho, muy antiguo, y muy cristiano en su fondo, que suena así: "Nada humano me es extraño". Lo que vive cualquier ser humano, por ser él y yo humanos, también es mi problema.

RECTITUD DE CONCIENCIA

Si amamos a Dios como El desea y debe ser amado por nosotros, haremos su voluntad con alegría y diligencia. Este es el comportamiento del cristiano que obra con rectitud de conciencia porque, ante todo y sobre todo, desea cumplir la voluntad de Dios. Sólo por el conocimiento progresivo de la doctrina de la Iglesia católica se forma nuestra conciencia, haciéndose recta, segura y fija. Si obedecemos a Dios antes que a los hombres, y ésta es la actitud que honra al cristiano, obraremos con rectitud de conciencia, seremos fieles al Señor y a nuestra conciencia cristiana.

DIOS ES VERDAD Y AMOR

Dios es la Verdad misma. Sus palabras no pueden engañar. Por ello el hombre puede entregar con toda confianza a la verdad y fidelidad de la palabra de Dios en todas las cosas. El comienzo del pecado y de la caída del hombre fue la mentira del tentador que indujo a dudar de la palabra de Dios, de su benevolencia y de su fidelidad.

Que Dios es Amor es el resumen de toda la revelación de Dios a su pueblo de Israel: ese amor compara al amor de un padre y una madre a su hijo. Dios ama a su pueblo más que un esposo a su amada; un amor que vencerá incluso las peores infidelidades, y llegará hasta el don más precioso: "Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único".

Al decirnos San Juan: "Dios es Amor" ha ido más lejos: el ser mismo de Dios es amor. Al enviarnos a su Hijo único y al Espíritu de Amor, Dios nos ha revelado su secreto más íntimo: El mismo es una eterna comunicación de Amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo, y nos ha destinado a participar en El.

DICHOS NO TAN SABIOS

Muchos dichos e incluso refranes ni son sabiduría popular ni representan el sentir del pueblo; no son sabiduría educativa. Por ejemplo: "Ese no es mi problema. Ya tengo bastante con lo mío". Si se le enseña a un niño a vivir así, se le está marginando de la pertenencia a la humanidad, se le está convirtiendo en un parásito. Se autoexcluye voluntariamente de la fraternidad entre los hombres. Se le vacuna de una manera definitiva contra toda solidaridad y se le mata de raíz la posibilidad de todo amor que merezca ese nombre.

Más bien la verdad es la contraria, la de otro dicho, muy antiguo, y muy cristiano en su fondo, que suena así: "Nada humano me es extraño". Lo que vive cualquier ser humano, por ser él y yo humanos, también es mi problema.

RECTITUD DE CONCIENCIA

Si amamos a Dios como El desea y debe ser amado por nosotros, haremos su voluntad con alegría y diligencia. Este es el comportamiento del cristiano que obra con rectitud de conciencia porque, ante todo y sobre todo, desea cumplir la voluntad de Dios.

Sólo por el conocimiento progresivo de la doctrina de la Iglesia católica se forma nuestra conciencia, haciéndose recta, segura y fija. Si obedecemos a Dios antes que a los hombres, y ésta es la actitud que honra al cristiano, obraremos con rectitud de conciencia, seremos fieles al Señor y a nuestra conciencia cristiana.



EL PICAPEDRERO

Un filósofo ateo, ya anciano, salía todas las tardes a dar un paseo por las afueras de París. Un día pasó junto a una casa donde un picapedrero estaba dando golpes con su martillo a una dura piedra, al tiempo que alegraba el ambiente con sus preciosas canciones.

El filósofo le saludó a la vez que le dijo:

-«Veo que Vd. está muy contento. ¿Pero tiene motivos para ello en medio de este duro trabajo?».

El picapedrero dejó de dar golpes y le contestó:

-«¿Que si tengo motivos? Mire Vd., soy el hombre más feliz del mundo: Amo a Dios, tengo trabajo y una buena mujer y tres hijos que son una maravilla. ¿No le parece a Vd. que tengo motivos para

cantar y cantar?».

-«¿Vd. ha dicho que ama a Dios? ¡Pero si Dios no existe! Mire Vd. que se lo dice un filósofo que ha pasado toda su vida demostrando la inexistencia de Dios. Mejor dicho, me corrijo: Sí que existe: Fue sólo el día que colocó a Ud. un martillo en una mano y un escoplo en la otra y después desapareció».

El buen picapedrero tiró el martillo y el escoplo y empezó a dar saltos de alegría mientras gritaba:

-«¡Gracias, Señor, gracias Señor, por haberte acordado de mí y por haber colocado en mis manos este martillo y este escoplo para que pueda trabajar y comer yo y mi familia!...»

El filósofo marchó sin decir palabra. Al día siguiente, a la misma hora, vuelve el anciano filósofo y encuentra cantando a nuestro picapedrero como la tarde anterior: Y por todo saludo le dice:

-«Por culpa suya esta noche no he podido dormir».

-«¿Por mi culpa? Pero si yo ni le conozco a Ud. y yo no le hice nada ayer».

-«Por favor -dijo el filósofo-, ¿pero de veras que Ud. es feliz y cree en Dios y le ama?»

-«Mire: Hoy aún soy más feliz que ayer pues Ud. me dijo que el Señor había pensado un día en mí. Cuando he vuelto a casa se lo he comunicado lleno de alegría a mi mujer y a mis hijos, y todos hemos saltado de alegría por este gran Dios que nos ama y nos ayuda».

El filósofo le rogó que todas las tardes le dedicara un rato a instruirlo en la religión cristiana y él le pagaría las horas de su trabajo que empleara en instruirle...